



# El Cuento Semanal

Se publica los viernes

OFICINAS Fuencarral 90 : MADRID

Apartado de Correos. num. 409

AÑO III - 24 de Septiembre 1909 - Núm. 143

## Precios de suscripción

Madrid y provincias: Trimestre. 3.50 pesetas  
Semestre. 6.50 pesetas. Año. 12

Extranjero. Semestre. 10 pesetas. Año. 18  
Anuncios a precios convencionales

Número suelto: 30 céntimos

## LIBROS Y REVISTAS

**Venus Rebelde**, por D. Fernando Mora. — Es una novela meritisima que por su propia eficacia, y aquí quiero dar á entender algo insólito, y es, que á nuestro juicio, esa eficacia es independiente de la voluntad del autor; ha de colocar á éste en la fila de los escritores más selectos y amenos de nuestro mercado literario.

Tal vez, el autor quiso hacer una novela de verismo naturalista á lo Zola, como confiesa en los comienzos. Aquellos primeros capítulos lo hacen sospechar. Después, la lozanía, la juventud y la fuerza de la personalidad del escritor, convierten la narración que comenzó atrevida y cruda en las descripciones, en una amenísima novela de lectura subyugadora, bajo la que palpita un sentimentalismo amable de tonos suavemente conmovedores.

*Venus Rebelde*, pues, es obra interesantísima, de muy estimable valor literario, á la que auguramos un grande y envidiable éxito.

**Bodas celestes y La hora del amor**, comedias de don Vicente Almela. — El tratarse de dos obras estrenadas con gran aplauso en Marzo y Mayo últimos, en el teatro Romea, de esta corte, nos releva de hacer el justo elogio que les es debido. Seguramente, todos nuestros lectores han visto representar las dos obras y han contruido con sus entusiastas aplausos al homenaje de admiración y simpatía que el público, siempre justo, tributó á su tiempo al infatigable y fino crítico literario de *Heraldo de Madrid*, Sr. Almela.

VALE  
PARA LA CONSULTA GRAFOLÓGICA  
Sección especial preferente

## TAPAS PARA ENCUADERNAR

LAS COLECCIONES DE

## EL CUENTO SEMANAL

Las que actualmente tenemos á la venta son de cuero con elegantísimas y artísticas incrustaciones de oro, y en relieve, para encuadernar las dos colecciones completas de los años 1907 y 1908, y el primer semestre de 1909.

A pesar de su mejor calidad y de su mayor coste, su precio seguirá siendo como hasta aquí.

Precio: 2 pesetas cada tapa.

## CONSULTORIO GRAFOLÓGICO

**Rosederl.** Su escritura desigual me revela una naturaleza excesivamente impresionable y agitada, al mismo tiempo que la simplificación y rapidez de su grafismo, me indican que es usted un intelectual que ha adquirido conocimientos variados, merced á la gran facilidad de asimilación de su espíritu fino y observador.

Naturaleza primitivamente muy franca y expansiva, pero que en la actualidad se ha vuelto bastante reservada y sólo dice lo que buenamente le conviene.

Voluntad bastante constante.

Adquisividad grande. Bondad viva y amable; conciencia generosa.

Espíritu lógico, pero poco aficionado á aceptar las ideas de los demás sin someterlas previamente á su crítica acerba, pero siempre equitativa.

Temperamento muy nervioso.

**Uno de la Inmortal.**— Buen grado de inteligencia, ayudada por una excelente memoria ocular y una imaginación no muy cultivada, pero graciosa y viva.

Voluntad débil, pero bastante seguida; corazón sensible, sin apasionamiento; constante en amor y capaz de querer entrañablemente á una mujer, pero sin llegar á hacer locuras por ella.

Carácter nada expansivo á pesar de su sinceridad nativa.

Aptitudes para la organización y los negocios en general, actividad bien reglada, gusto para las fórmulas convenientes.

Naturaleza amable y buena, pero muy orgullosa y también algo vanidosa.

Amor al dinero. Generosidad que sabe contar. Posesión de sí.

Temperamento bien equilibrado y salud más resistente que vigorosa.

## MANERA DE HACER LAS CONSULTAS

Escribase una carta, cuanto más larga mejor, en papel sin rayar y dirigida al Dr. Grachtner, en EL CUENTO SEMANAL.

Un vale y cinco pesetas dan derecho á una consulta en la «Sección preferente». Las contestaciones se insertarán en el primer número que se publique ocho días después de recibida la consulta, y si el consultante lo desea se le regalará un interesante *Tratado de Grafología*.

Dos vales del año 1907 ó 1908 dan derecho á una consulta gratuita, cuyas contestaciones son contestadas por riguroso turno. Quedan muchas cartas antiguas por contestar. El que, además, se suscriba por un trimestre á EL CUENTO SEMANAL, recibirá igualmente el *Tratado de Grafología*.

# EL ÚLTIMO ABDERRAMÁN

A Sidi Ahmed el-Muarri, al gran  
y noble poeta, gloria del Islam.

El misterio de las constelaciones se rasga, por fin, ante los ojos atónitos, desmesurados de expectación, del príncipe Abderramán-ben-Abdemelec-el-Omeya, último descendiente de la más noble familia de Koraich, discípulo del sabio Alí-ben-Jusuf-el-Galid, ilustre hijo de Córdoba, cuyas tablas astronómicas sirvieron de pauta a las del célebre rey de los cristianos Alonso-ben-Ferdéland.

El rostro pálido, consumido por la fiebre de tenaces vigiliat, se inclina ávidamente sobre las amplias tiras de piel de rinoceronte, donde signos mágicos trazan tortuosos caminos de serpientes.

La vieja lámpara de bronce, trabajada á cincel como una joya, hermana de las cuatro mil setecientas que alumbraban la gran Aljama de Córdoba, pendiente por salomónicas cadenas de plata de la alta bóveda encristalada, arroja una luz lívida, casi sangrienta, nublada a veces por el revuelo de algún murciélago, sobre el amplio taburete de cedro incrustado de marfil y gemas, todo cubierto de rollos de pergamino y astrolabios.

El trémulo resplandor de la luna envuelve el resto del atrevido Observatorio que el genio de Azhuna levantara sobre la torre más soberbia de la Alhambra, como un penacho de pedrería sobre un turbante real, en un rútilo ensueño de plata fosforescente.

— ¡Bendecido el nombre del Señor! ¡Acatados sean sus designios! — murmuró jubilosamente el joven príncipe.

La bella testa varonil se alza triunfal

Los grandes ojos, rasgados, donde la noche encendió la negra hoguera de sus ébanos profundos, se dilatan bajo las negras pestañas, como si quisieran absorber en sus retinas toda la luz de la Luna y la celeste claridad de la Hora.

Por los abiertos ajimeces asciende, con la luminosa polvareda estelar, el ensueño múltiple, fastuoso y primavera, de la ciudad dormida á la sombra de sus mil

torres, de sus murallas cubiertas de hiedra, de sus cármenes desbordantes de flores.

La música de las fuentes, de las innumerables fuentes de la Alhambra, perla la noche de fresca. Se la siente gotear, filtrarse palpitante en las entrañas removidas de la tierra fecunda, y correr por las venas de la sombra, como la sangre fragante y fabulosa de una eterna juventud. Los ruiseñores acaetan el espacio con su voz de cristal y de suspiros, desde los jardines de los Adarves, en los kioscos de la plaza de los Aljibes, entre los cipreses y los naranjos de los maravillosos patios del Alcázar, y más abajo, en todos los cármenes que desbordaban sobre el Dauro sus vivas canastillas de flores. Y sobre tantas bellezas, desde los astros perennes y rutilantes, los arcángeles del Silencio descienden por gráciles escalas de plata, con el índice en el labio, recogidas las alas, plegadas las tónicas, cautos los pasos, para no turbar el frágil encanto del misterio nocturno.

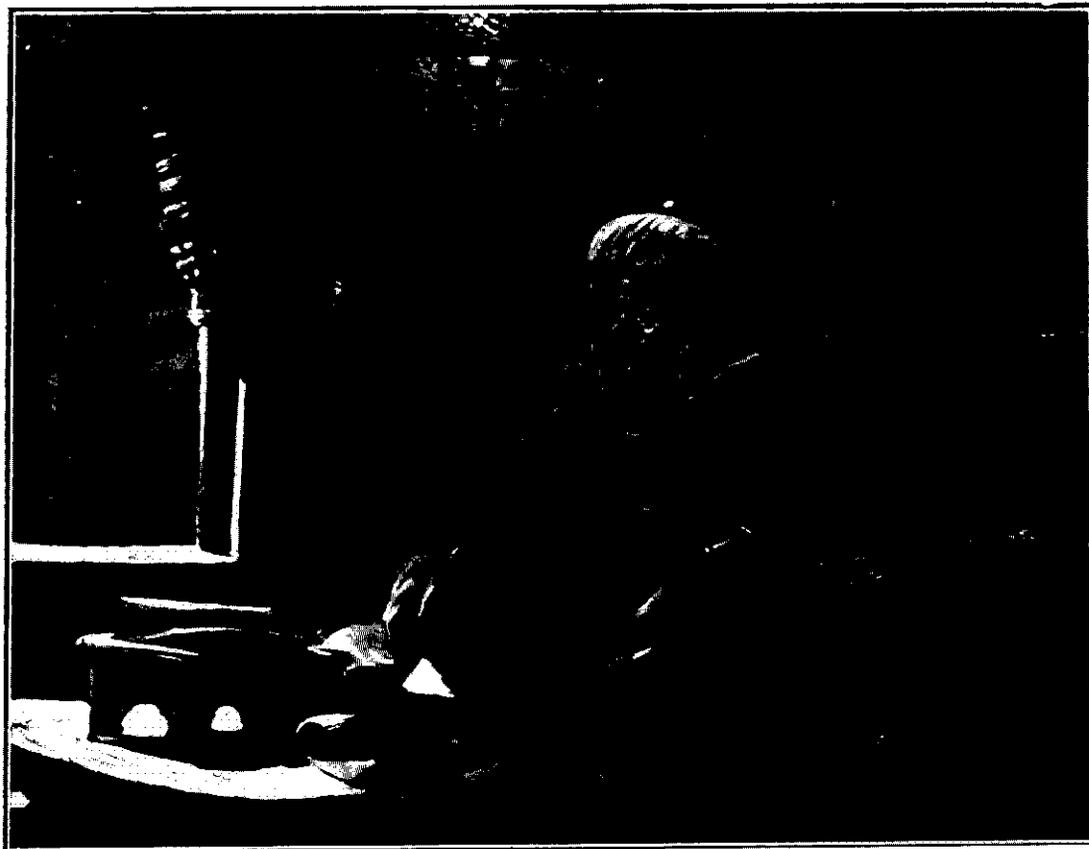
Las hogueras de las atalayas parpadean como pupilas vigilantes que luchan con el sueño, entre el verde profuso de los huertos y las manchas tenebrosas de los bosques abruptos. Y más allá, rasgando el cielo con su casco de plata, se eleva la Montaña de la Nieve, como un centinela que custodia el sueño de la ciudad predilecta de Allah, la sultana de Occidente, de esa ciudad cuyo nombre es frescor de aguas y dulzura de mieles, de Granada la Bella.

Bajo el doble arco de la puerta, aparece la patriarcal figura de Alí-ben-Jusuf-el-Galid.

Su luenga barba blanquea fluctuante á lo largo del amplio ropón de seda carmesí franjeado de oro.

Bajo la nieve del turbante, la negra voracidad de sus ojos proyecta sobre el rostro escuálido una sombra de austera gravedad.

— ¡Alabado sea Allah, elemento y misericordioso! Su magnificencia derrame sobre tu frente, ¡oh, Abderramán, hijo de reyes, descendiente del Profeta, todos los bienes que prodigó á manos llenas sobre tu estirpe! — murmura el anciano, inclinándose en una profunda



de devoción hasta sobre la fragilidad del pavimento bajo la palma de sus manos.

El poeta se abalanza a su encuentro, no pudiendo contener la impetuosidad de su impaciencia como si la llegada imprevista casi providencial del sabio Hafiz pudiera aportar a su espíritu atolondrado la palabra milagrosa que serenara los mares y hiciese que se detengan, raudantes los flancos, los vendavales las cumbres, los negros voraces de la tempestad.

— ¡Viv, Ah! lo que arrojan estas cucullas! Desciende los inmutables designios de las estrellas, ¡ah! y se rompe de emoción y ante los ojos tímidos y profundos del anciano, las manos trémulas desmenulan tímidamente las largas tiras de papel amarradas en un rollo, de fórmulas astrolábicas.

— ¡Móven, Jesús! las páginas a retarame, ¡ah! que una escudriñando el signo más íntimo.

El silencio es tan profundo que ni oírse allí el viento y presuroso del corazón y hasta el latido del aliento entre los finos cables mordidos de emparramiento.

— ¡Príncipe! — interrumpe el anciano. — Los siglos se han roto y el libro de la Verdad es a veces raro con caracteres de fuego, va a cubrir sus páginas que, más que mortales... Podrían las pupilas leer sin disimulamiento el estarán silenciosamente, ¡ah! puros sus oídos, puros sus pechos el eco de la palabra divina.

— ¡Jamás dije de cumplir los preceptos se harían! Tú sabes que más es sólo el amor que para el indiano con de Alal y que, ¡ah! los siglos se oírán, ¡ah! más y las alabanzas del Amor.

El libro de Alóben Jesús toma a un momento los signos cámbios escritos sobre la piel quemada.

— ¡Este cometa cuya cascada de luz se estinguió sobre la piedad de la plaza de los ástros, presuroso, ¡ah! de Ishur, en estas noches temidas que nuestros mares se combaron con sietes y noventa con sus propios brazos. Esta es la luz que, de una pureza de luz única que ni fuera como un diamante, entre la costura con de Leon y la de las Virgenes, produce un hombre puro en el cuerpo de un cuerpo de virgen.

— ¡El Sol puede detener la rama de nuestra ley.

— ¡Sus labios puros sabrán decir la palabra salvada y su brazo de León, será capaz de esgrimir, ¡ah! firmemente la curva cantarina del Peñón.

— Los arcángeles del Señor nos abandonan a sus adivinadas, ¡ah! inquietudes.

— ¡Hemos comido el los tiempos por haber, ¡ah! el Señor encomendado a nuestro cuidado. Los años, ¡ah! como el mar que con todo viento se atravesó.

— ¡Nuestros brazos se han cansado de amar, ¡ah! a nosotros mismos, ¡ah! y ya no pueden más, ¡ah! el golpe de nuestros brazos, ¡ah! de los brazos, ¡ah! y Marx a un colcho en parte de los cristianos.

— ¡Nuestras miras están desordenadamente presuroso de El Magro. ¡Ah! ¡ah! ¡ah! presuroso, ¡ah! el príncipe de este D. Avab, ¡ah! de Persia, ¡ah! hombres puros por el viento. ¡Ah! ¡ah! presuroso a revelar el archivo de nuestros brazos. Las raras en sí mismas se agitarán, ¡ah! de estar nuestros domos. Sus galgas, ¡ah! ¡ah! ¡ah! y el libro de la ley que, ¡ah! ¡ah! ¡ah! presuroso, ¡ah!

en todas las mismas sombras que los espesos bosques cubren en tierra de brumas. La polvareda que levantan las patillas nubla el sol y ensombrece los caminos de caravanas y tantaridos, que conducen a Damasco y las espaldas y las cuchillas de los bárbaros se afilan en las mismas piedras que hacen con relampaguear los cascos de nuestros corceles victoriosos. La cruz se proyecta en las arenas de nuestros desiertos, y acaso, dentro del pozo, abrirá también sus brazos sobre los santos pedregales de la Kaaba, como Ezzah abrió ya en la gran Azorra de Córdoba.



Abu-Beca, el gran poeta de Ronda, le ha dicho en estas lágrimas que la religiosidad de Alhamar hizo espende de los acentados de su cámara, recordándole a él y a la vergüenza del Islam.

Abren nuestras mezquitas tocáronse en iglesias, sus arcos brillan en ellas la cruz y las campanas, y nuestras alambabares, aunque de duro leno, coran nuestras desdichas y se amagan de lágrimas.

Necesitamos un caudillo que se imponga sobre todas las traídas, que congrege en torno de sí, estando, todas las banderas, que ordene nuestros acentados y los conduzca a la victoria. Tu eres, oventuero, tu puedes ser el elegido del Señor. Desciende, o

Profeta, tu sangre es más pura que la de los kalifas de Damasco y la de los emires granadinos. Mi fidelidad te ha criado en las prácticas de las más santas macanas del Korán.

— Abate del ignorante y teme su contacto. Un día viene, sale por sí mismo de las órds. Un sabio saca también a los demás.

Te aslé de todo y para estar más cerca de Dios me encerre contigo en una vieja fortaleza de las inexpugnables Alpuarras, entre los restos de la gran biblioteca de Córdoba, que turbó la magnanimidad del Califa

Ahaham-ben-Abderramán, y que mis padres custodiaron con el mismo terror que se guardan en Mecca las reliquias de Mahoma.

Toda la ciencia acumulada en mí, por tantas horas de estudios voraces, la fui volcando como el anfiteatro de un río audazoso en el mar avido y profundo de tu esmeru. Un terz presentimiento me advertía que vigilaré en ti al más alto destino de nuestra raza. De todos los descendientes del Profeta, tu solo puedes ser el elegido por la doble virtud de la sangre y de la inteligencia. El sabio Abulfaragí-el-Istaham paró presc en el valor cuando escribió:

— El corvo, el Islam tendrá un eclipse, los pastores, miser, corran abandonados el rufayo y los lobos, cor-

ran sobre él en furiosas manadas. Pero al amanecer Occidente, vendrá un leoncillo, cachorro del más noble linaje de Hegaz y para mayor gloria del Adifium, ahuyentará a los lobos y pondrá a buen recaudo el tesoro.

Tú puedes ser el cachorro de los más nobles que cambió el poeta de *El Agamir*. Tu brazo es el más fuerte y tu pierna la más ágil. Podrías detener un carro de combate sólo con atanzarlo por el raxo de una rueda. Eres capaz de desgarrar un toro y vencer a los caballos del viento. Podrías cazar los halcones al vuelo. Hecho carne dura como el granito de nuestros montes, y tu alma islanda como la arcilla de los alfareros de Enealauza, que deja impresa la memoria huella. Tu inteligencia no tiene más límites que Dios.

Has bateado en el mundo lo infinito y sales de él con las manos colmadas de todas las perlas de la sabiduría. Como el rey Salomón, conoces la música de los astros y lees en ellos como en quinientos libros que se escriben en las rayas de las manos.

Has sido conducido a la cima de un monte para en la palabra que no se olvida nunca, y es la mejor guía de los pueblos. Y serás introducido por Dios

en los jardines ricamente regados por limpios ríos de agua perfumada. Lloverán brizales de oro y de perlas, y el forro de tus vestidos será de lino de las más ricas. Las halanges angelicas se arrodillan para que pases. Los más gloriosos ángeles arrojan a tus pies sus cunartas, y los profetas te sentarán a sus pies, en sus mismos tronos de pedrera. Fulguras como un templo, pagos, como incendios de mis. Tu palabra sonará. Anunciarán el glorioso restorador de la Ley.

La acción del anciano tiene una seriedad profética, y sus palabras, armoniosas y graves, que capturan en el silencio sonoro, como un desgranar de semillas de perlas sobre un pozo de cristal de rosa.

«Oh, Ah! ¿Cómo te engañas! Si tú eres la guía, dirección de los astros», exclama el joven principiante, «¿cómo se arriarán como un toro tu vida para cumplir de su destino soberbio?»

«Oh, Andráramen ten! Cierra los ojos hasta que tus pupilas te pesen como de plomo, y lánzate violentamente al abismo que el Destino abrió ante tus plantas. Dios sabrá conducirte, y con los ojos cerrados verás lo que no ve mortal ninguno.»

Si dadas se apagará la lámpara que el Cielo puso en tus manos, la lámpara maravillosa que te hará ver todas las cosas del mundo, aun aquellos que viven sepultados en las entrañas de la Tierra.

Haz cuenta que atravesas un puente traído desde los siglos. En cada mano llevas una copa colmada de agua. Y a la menor tembladura, las copas se desbordarán. Suerte y continúa ciegamente en Dios.

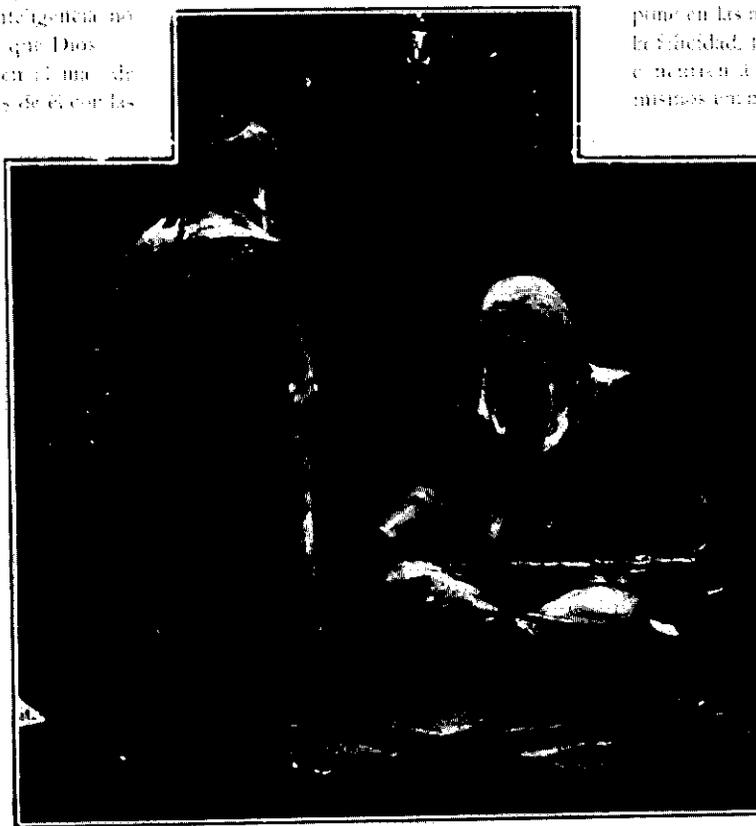
Cuando la Providencia te pone en las manos la carga de la felicidad, todas las criaturas e incluso a los que te odian, los mismos enemigos te ayudarán.

En cambio, si la desgracia te persigue, nada podrá librarte de ella. No está seguro el mundo aunque se contenta a los nidos de las aguilas, ni evitará las saetas del Hado aunque se sume a las estrellas. Así lo quiere el que todo lo puede.

Ten y comienza en tu estrella. No padezcas jamás ante los demonios que te asalten para hacer y vencer.

Los arcángeles estarán contigo para defenderte con sus escudos de diamantes y desbaratar las legiones de *Eblis* con sus espadas de fuego. Dios sembrará el terror en las filas de tus enemigos. Y te los golpeará y matará hasta que te dejen huérfano el peso.

Oh, sabidos, redop se a aplastar de un mazazo el gigante más fuerte, custodio de los tesoros del Destino, a dar lugar a una luz de al dragón más valiente. Más fuerte y ágil que el Sol en el zénit. Más mano sabra sostener el estandarte verde de Profeta, como lo sostuvieron mis antepasados los caudatos de Omert y los reyes de España. Y de nuevo el toro al viento, y a la voz de nuestros corceles aventurará el poder de las tropas castellanas. Y los montes de Córdoba de Murcia, de Toledo, de Sevilla y de Valencia, se alegrarán, regados por los ríos de Hegaz, y nuestros guerreros, que se arriarán como lobos hambrientos en

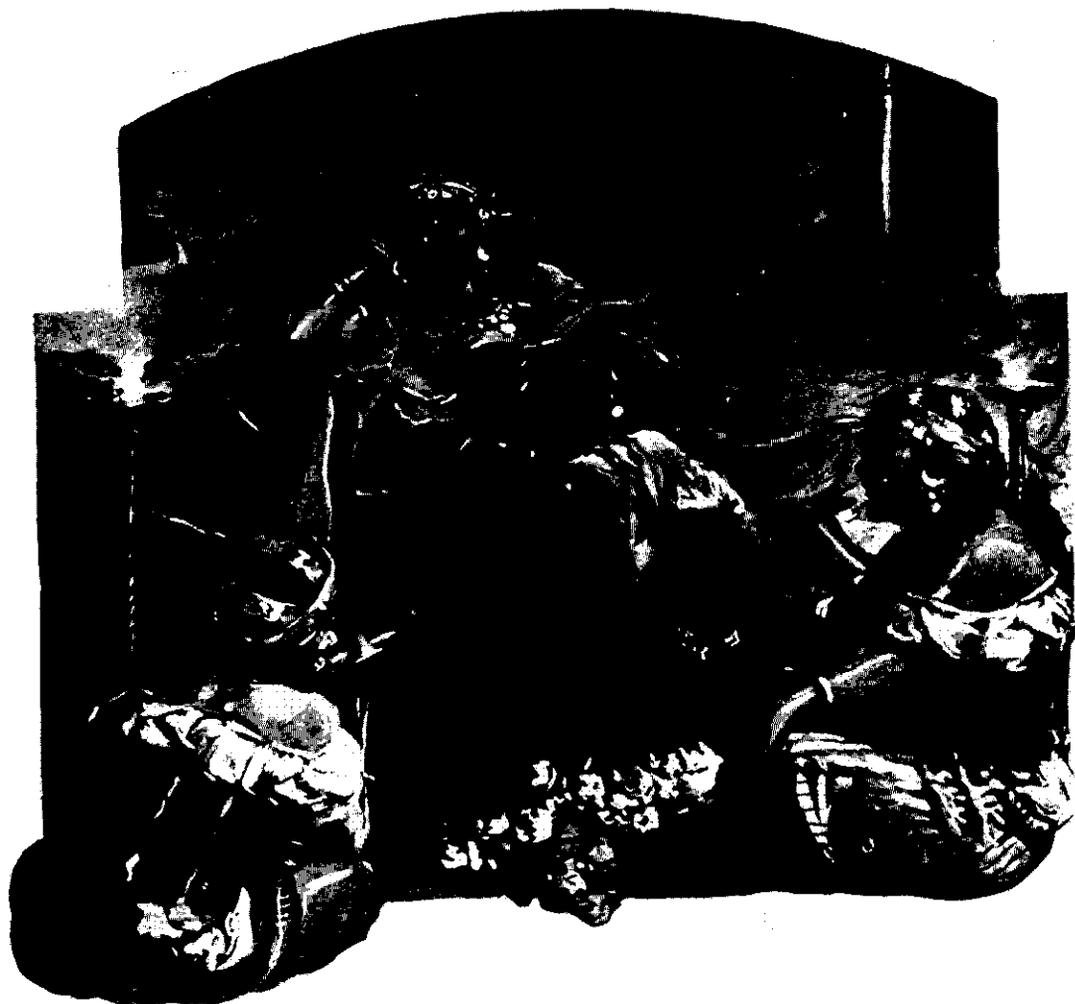


las gorgonas de las guzarras y desfiladeros, tamaño de Ahrimán.

Y como él se ataca a cañonazos, sus ojos ardían, se veían transfigurados como si pasase entre el polvo y el azar y entre rampazos de sus armas, un glorioso destino bendito y libertador, y el cuerpo del y esbato se esbozaba en el vértice como bajo la plata de la Luna.

Si no dilata la apertura del trazo para empujar así con tanta inmensa potencia de la voluntad y de la fuerza

cañon. La serpiente es la condenación eterna. Y los muslos y los brazos de la mujer se han hecho para que se enrosque en ellos la serpiente. Los besos nos dejan exhaustos de sangre herida. Si vas a la Meca en peregrinación, más que a la aridez del desierto y a las zarpas de las teras y a la mortal empuñadura del Sol, debes tener al encuentro verde y ramiñoso de las casis floridos que fingan los demonios para la perdición de los buenos creyentes. ¿Quitar sea tuerto la aridez de sus



entre el montón de sedas de los vestidos blancos. Arcángel exterminado y violento que en el combate de Bamiáncho al lado de Mahoma, y en los tiempos patriarcales alimentaba la cebra de los Profetas con leonarios.

Principio que puedes ser el elegido del Señor. Los astros lo presagian. Pero siempre tu corazón de león ha de latir en un pecho de virgen. Juntas tu boca se ha de protumar para que sea digno de la verdad y el abenico divino pueda salir de entre tus labios sin mancharse.

¡Que tus ojos mortales no vean más belleza que la de tus sacios! ¡Que tu pie vencedor aplaste siempre a la serpiente y a la mujer que intenten darte el beso

agrios, bajo la frescura de sus palmeras, no besará jamás la piedra negra de la Kaaba, ni sus ojos se abrirán de nuevo a la luz, ni sus oídos escucharán más que los chillidos de los reprobos y el castañetear de dientes de los colibrados. Sé puro y serás fuerte... Corazón de virgen y pecho de virgen.

El estruendo es el silencio un repentino florecer de rosas de cristal.

El caso se dilata hasta hacerse cóncavo como una copa para recoger en sus paredes hasta la última vibración masera. Y una voz temeraria, desmayada de un momento a otro, acompañada de la guzla, tras los alfileres de los labios del diablo de Lindaraxa, una can-

castro de amor, donde todos los caminos del Destino abren  
sus negras labras, desde el mar y la tierra y los cielos  
alifanés.

Sobre su jardín la Noche es una  
fragante y tímida inefacción.  
Ni a sonar Plata de luna  
tamborea el mármol del Deseo.

En traza, es como el trazo alim  
de un ojo o labio sensual.  
El sentido, desgrana al viento  
sus frescas sirtas de cristal.

Almor, crema en el perfume  
canta, mira, como la colina  
de la boca al mar y del mar al mar.

Y en sus blancas pasadas  
son más profundas las colinas  
y más mocha la pasada.

11

Almor, crema en el perfume  
canta, mira, como la colina  
de la boca al mar y del mar al mar.

En los Leones. Entre, raras y car-  
livos, de estar. Todas, dices y  
anoso arco de la Sala de me-  
dos. Hermosas, combinando  
en artísticas canastillas de raras  
las flores más frescas de los  
jardines del Acazar y las más  
salvajes, frutos de los frutos  
de la vida.

Sobre repujados azules, en  
plata, en sus de los, como  
parece a la luz, y en raras y  
fúlgidas, relampaguean, como  
un tesoro astral, entre la purpura  
y la seda turquí de los cano-  
lidos, como los persas.

Todas atienden por los más  
bellos nombres. Norram, Ra-  
dina, Sobada, Bonar, Kottin,  
Zatra, Sada, Maltin, n. entre  
que expresan en su profusa di-  
zina todo cuanto de gracioso  
apacible, mismo, claro, bello,  
de fondo y fúlgido, existe, sobre  
la Tierra.

En los caballos alisos, in-  
tincan zeques; en los toros  
y en los brazos desnudos, in-  
gitan las apocas y brazales  
y en torno de los cuellos, en-  
ciles, centellean los volantes. Y  
una música de oro acompaña  
el ritmo de sus pasos, como  
sonoro pavimento de mármol  
de Madrid.

A un lado de la estancia, el  
negro baco, un soberbio para-  
lla de damasco, cubren el  
camado de perlas y protegido  
por un blanco pliegue, de un  
suntuoso tapiz de Siria, el  
techo arco del peplum. A un  
lado, el sombrero al, raras, de  
la favorita de un.

En los ángulos de la estancia  
destacan otros, entre otros,  
que en raras de un raras  
columnas, como los raras.



como palmeras de piedra, sostienen la amplia bóveda resplandeciente, recubierta de pequeñas cúpulas con fulgidas estrallas de colores, y rodeada de diez y seis arbores.

Por las tonas esólastas esmaltadas, el incendio solar se filtra en temblorosas ratigas de luz, dando a la estancia el aspecto fantasmagórico de una gruta de estalactitas sorprendentes que tingien olas irisadas de un lago de encanto, nubes de encaje é islas transparentes de ágata y madreperlas. Y las frágiles sibilas de las esclavas tejen entre ellas, en un taciturno alado de gasas y de tulés, los misteriosos giros de una danza de hadas.

En pequeños cuadros, formados con ventas y hojascasas, campan escuipadas las armas de Alhamar. Un escudo con campo de plata, que atraviesa diagonalmente una banda azul, cuyos extremos supitan heráldicas bocas de dragones. En la banda resplandeciente la inscripción de los nazaritas escrita en letras de oro: *Allah galib illa lah* (Solo Dioses vencedor).

Y por todas partes serpentean elegantes caracteres cúnicos, prodigando alabanzas al gran Enur, repitiendo versículos de las suras koránicas, é inspiradas éstratas de los más célebres poetas. Una inscripción dice: «Alabado sea el Sultan alto, fortaleza del Islam, decoro del género humano, Evaya de generosidad, roco de demencia para los pueblos, león de la guerra, defensa de la fe, el vencedor por Dios, el ocupado en el camino de Dios, Abu Abdala, Mohamed ben Yusuf ben Nizar el Ansari. Enládele Dios al grado de los altos y y insigniados y colóquelo entre los profetas, justos, matros y santos.»

En otra entulgen estas sagradas máximas koránicas:

«Todo lo que hay en la Tierra es para Dios. Solo la casa de Dios permanecerá rodeada de esplendor y de gloria. Los que tomen la magnitud de Dios, tendrán dos jardines. Arbores están ornados de bosques. Y ambos tienen decimantes más y dos especies de cada fruto. Los frutos de los arbores estarán al alcáncio del que quiera cogérselos. Y allí habrán vírgenes de modesta mirada, semejantes al viento y al coral, que no fueron tocadas nunca de género ni de hombres. Descansarán reclinados en alcábitas, cuyos tapetes serán del brocado más fino. Bendito sea el nombre del Señor, lleno de majestad y de generosidad.»

En algunas se entrelazan esólastas galantes de los géneros más preciosos, como una de Abdala ben Xamir, a propósito de la contienda de los collares, famosa en la corte de Abderramán II:

Más al collar ayáloris  
y á sus procesos guiratos,  
la que ca espéndio excedí  
al Sol y á la Luna mudos.

Siempre la mano de Dios  
ostenta raras prodigos,  
pero como éste, ninguno  
mimamos oos han visto.

«Oh perla por Dios formada!  
Ante tres puos hechizos,  
santos el Mar y la Tierra  
ceden perlas y jacintos.»

El diamantino de granate de los ardatores, se ornó con anchas tazas de jaspe, el sordo y ligero alajpur neóro,

brisas entre los arrayanes del patio y el trasparente rocío de esencias que desciende gotando de las altas cúpulas, evocan la imagen húmeda y sonora de una tenuísima lluvia de perlas dentro de tabulosa concha de nácar. Con sobrado motivo, el genio de Azhima lloraba á esta mansión de portentos el Alcázar de las Perlas.

Las esclavas destilan rosas y ágiles, cargadas de rucos dones, y la luz centellea y borda arabescos perlucidos en los cabellos, en las tunicas y en las joyas, como en un mar cambiante de sedas y de gasas, de púrpuras y de oros.

Y allí, en el fondo del arco de la izquierda, se ve sobrenadando en un difuso crepusculo de esmaltadas, abucro sobre la fragante primavera de los pedreros perrenes, y, sostenido por sus marmóreos y esbeltas arbores, el mirador de Lindaraxa, extasis del alma y embriaguez perpetua de los sentidos.

Sraivizan la danza del pavimento de portido, marfiles y sinuosas alcaifas persas, donde los más bellos ensueños del Amor y de la Guerra se dibujan miradamente entre la monstruosa laparia de la flora de Oriente.

En esmaltadas medallas relucen caprichosas inscripciones alabando la belleza de esta estancia.



En una, se le llama «Fuente clara»; en otra, «Mar ondulante». Y, en efecto, el mirador semeja una límpida taza de alabastro, donde chispean las ondas azules de un trasparente lago de zafiros, ó las olas verdes y cristalinas de un mar sereno, donde los reflejos de las nubes se irisan en relámpagos de amatistas, en fulguraciones de perlas y en incendios de corales.

Por el doble arco central, que se eleva majestuoso entre otros dos más sencillos, abiertos á sus costados, fulgura el azul luminoso del cielo matinal y el verde sombrío de las copas triangulares de los altos cipreses.

Frente á este divino panorama se extiende un amplio diván de raso turquí, bordado de oro y perlas, donde reclinada perezosamente sobre blancos cojines reposa Leila Hassana, la bella favorita del magnífico, animoso y prudente emir Muhamad II.

En torno de ella, grupos de esclavas de diversos países se afanan por servirla.

Virgenes nubias pulsán arpas de ébano, y el negror de las arpas es menos fulgente que el de sus miembros desnudos.

Rubias cristianas tañen melodiosas guzlas de cedro y palosanto.

Voluptuosas almeas se desmayan en los lúbricos giros de la danza morisca.

Egipcias de piel de bronce y grandes pupilas de gacela, cantan con extenuante dulzura las lindas estrofas que el poeta Taglebi, famoso en Córdoba, en la corte de los últimos Omeyyas, improvisara ante el manojo de frescas rosas que en límpido vaso de cristal, purpúreo por el color de las flores, le ofreció un campesino en los feraces alrededores de Bagdad:

La rosa ocupa su trono,  
pues su imperio nunca acaba...  
Todas las flores son tropas  
y la rosa es la sultana.

Otras esclavas, doncellas sirias y griegas, árabes y hebreas, le presentan canastillas colmadas de flores, cestas desbordantes de frutas, las leves gasas en que ha de envolverse al salir del baño, los oleos fragantes que unguirán sus cabellos, y las fastuosas tocas, y las espléndidas alhajas con que se ha de ataviar para presentarse ante los ojos celosos y amantes del emir.

Y todas se disputan el honor de arrancarle la primera sonrisa.

La sultana, indiferente á tales homenajes, continúa inmóvil, cerrados los párpados, cruzadas las manos sobre el pecho, como si respirase aún el perfume vaporoso de las adormideras del último sueño.

Sella su frente la blanca palidez de los mármoles pulidos por la Luna.

Las mejillas son huertos floridos de auroras; los senos, nudos de toraceos impacientes; los labios, granadas recién abiertas que gotean mieles y bálsamos, y los ojos, grandes y profundos, como noches tenebrosas relampagueantes de insaciables deseos.

Su piel tiene ese tono dorado y cálido de los dátiles que maduraron al sol, y sus cabellos, largos y ondulantes, el negror agorero que azulca en las alas del cuervo.

Y todos sus miembros, potentes y tersos como un arco de combate, recuerdan la ágil elasticidad, la gracia móvil y terrible de las fieras más bellas del Desierto.

En torno de su frente se desangra una diadema de rubies, y alrededor del cuello se enrosca, como en el árbol del Paraíso, una serpiente de pedrería.

Los pliegues de su traje, vaporoso y purpúreo, son como llamas, como lenguas de fuego que la acarician, dejando trasparecer á veces, la mortal fascinación de sus carnes desnudas.

Los brazaletes que enñen sus brazos y las ajorcas que agobian sus tobillos, acompañan sus más leves movimientos con una tinticante música de oro.

El calor empieza á ser sofocante. Asciede de los jardines un vaho cálido y pesado de labios febriles que se besan hasta desfallecer, un perfume intenso y penetrante de cálices que se deshojan lentamente tostados por el sol.

A lo lejos, trasponiendo los divinos pensiles del Alcázar, con sus torres bermejas, con sus minaretes resplandecientes de azulejos y sus azoteas floridas, flota Granada, como el sueño de una ciudad fantástica nadando en un océano de olas escarlatas y playas de nácares.

Se oyen lejanos relinchos de corceles, chocar de arneses y estrépito de atambores y añafiles. Son los jinetes de la guardia real, que suben á la Alhambra, bajo túneles de verdura, entre el frescor de las fuentes y el estremecimiento de las frondas agobiadas de nidos.

Y ligeras nubes de polvo humean en el azul, nublan el sol y proyectan fugitivas sombras en el rígido verdor de los cipreses.

De súbito, Leila Hassana, entreabre los párpados. Su mirada vaga largo tiempo acariciante y soñolienta en torno de cuanto le rodea, y se detiene bruscamente en los pebeteros, cuyas copas florecen como lirios de oro, sobre trípodes de bronce, en los ángulos de la estancia.

—¿Dónde están las esclavas encargadas del incienso y de la mirra? ¿Que traigan pastillas de ámbar y de aloe, de sándalo y de benjuí, para disipar este ambiente sofocante y pesado!

Su voz es tan dulce, que podría ser acompañada por las arpas de oro de los arcángeles.

Las esclavas se apresuran á cumplimentar sus indicaciones. Manos expertas extraen del fondo de preciosas cajas de maderas aromáticas, con mosaicos de marfil, las más ricas esencias de Oriente, y las derraman sobre la brasa viva de los pebeteros.

Una nube tenue y azulada, como esos ligeros vapores que á los primeros rayos del Sol se elevan de los cauces umbrosos de los ríos y de las riberas de los lagos, envuelve lentamente, en un flotante sortilegio de bruma, la luminosa paz del aposento.

Y á través del humo, las figuras aparecen indecisas y trémulas, como nadando en las neblinas de un sueño maravilloso y matinal.

La sultana permanece absorta, en una inmovilidad grávida de éxtasis, arrullada por las músicas y los cánticos, y aspirando por todos los poros de su cuerpo la acritud embriagante de los perfumes que en serpien-

tes de humo, se escapan, persiguiéndose y entrocándose, hinchándose y deshaciéndose, de los áureos pebetes.

Sobeya, la esclava predilecta, se arrodilla á sus pies, y cogiéndole en una humilde caricia las manos agobiadas de anillos, suspira con una dulzura casi maternal:

—¿En qué piensa la perla de Granada, la rosa de Andalucía? ¿Por qué los soles de tus ojos nos niegan sus rayos; y ni las notas del arpa, ni el relampaguear de las joyas, ni la fragancia de las flores, ni los cantos de las esclavas, logran arrancarte, cual otras veces, una sonrisa de satisfacción? Habla, ¡oh, sultana! Y tus siervas, con sus largos abanicos de pavo real, con las más dulces melodías, con los tulipanes más bellos de Oriente, ahuyentarán tus nostalgias! ¿Quieres que distraigan tu somnolencia las más complicadas y lascivas danzas de Armenia? ¿Deseas escuchar los relatos maravillosos que encantaron al kalifa Hairum-el-Rasxid, en sus pensiles de Bagdad? Habla, y la dulzura de nuestras voces acordes á los sonos de los instrumentos más armoniosos, te irá relatando, uno por uno, todos los fabulosos cuentos que libraron la vida de Scherezada...

—¡Oh, Sobeya, mi esclava favorita, nada existe en el mundo que pueda borrar de mi imaginación los recuerdos del sueño que aun me enajena! — murmura Leila Hassana, dejando caer las palabras como las perlas de un collar que se rompe, como las tembladoras notas de una gaita muzárate.

Las esclavas enmudecen y agrupadas á su alrededor, se inclinan para respirar mejor el aliento musical de sus labios.

—Cuando la claridad azul del alba brilló en los muros calados de mi alhamie y empezaron á dibujarse las inscripciones de oro que le adornan, salté del lecho, á buscar en el patio de los Arrayanes un poco de reposo para mi alma poseída aún por los espíritus de la Noche.

Mis manos, ardientes de fiebre, se sumergieron en las frescas aguas del estanque, para cumplir las abluciones matinales.

En el fúlgido espejo enmarcado de verdes arrayanes perlados de rocío, palpitaba en trémulas ráfagas, el encanto misterioso del patio, con sus columnas prodigiosas, con sus cúpulas resplandecientes de estrellas de oro, y sus muros rutilantes de espumas multiculores. Y las aletas de los peces, al girar ondulantes, iluminaban estas fantásticas visiones, con fugitivos relámpagos de púrpura.

Una aurora más bella, más amplia y más rutilante parecía florecer en el fondo de la piscina, difundiendo en las aguas una rosada claridad de nácares.

Pero ni la frescura del agua, ni la belleza sobrenatural del patio, ni los gorjeos de las golondrinas posadas en los azulejos de la cornisa, ni tanta claridad, ni tantos perfumes como venían en la brisa, pudieron disipar en mi alma las últimas sombras de la noche.

En el mirab de la Mezquita, tras las caladas celosías, asistí como de costumbre á la Azala Azohbí, la más dulce de las oraciones. Y aunque mis ojos se alzaron al Oriente, y aunque mis labios dejaban escapar maquinalmente los divinos versículos de las suras del

Profeta, mi alma permanecía alejada de mi cuerpo, hundida en un mar de delicias inefables, como flotando con los últimos girones de las neblinas matinales, entre la Tierra y el Cielo.

Después, me dirigí á este esbelto mirador, ávida de reposo. Mas todo fué inútil.

Ni vuestras músicas, ni vuestros cantares, ni el resplandor de esos tesoros de joyas, ni la fragancia de esas flores, ni la contemplación de esos divinos panoramas, han podido borrar de mi memoria los recuerdos de mi maravilloso ensueño.

Dormía envuelta en mi túnica de lino, sobre almohadones de damasco, bajo pabellones de púrpura, en el misterioso alhamie que el emir de los creyentes destina á su esposa favorita.

Mi cuerpo era como una de esas raras flores de los rios sagrados de la India, que flotan abiertas á la Luna sobre la plata ondulante de las aguas.

Bogaba en un mar de delicias inenarrables.

En el aire, en el agua, en todo, se abrían labios voraces para besarme, hasta dejar exhausto mi cuerpo en una muerte de suaves languideces.

Y la corriente me arrastraba en un balanceo de seda, á lo largo de florestas encantadas, sobre ciudades fabulosas, hundidas bajo las aguas, con sus cúpulas de coral y sus minaretes de topacios, y todas las estrellas, con sus ojos de esmeraldas se asomaban al azul del cielo, para verme pasar envuelta en velos de plata viva, como dormida sobre un áureo canastillo de flores de espuma.

De pronto, un eco indescriptible, como escapado de un arpa celestial, pasó zumbando en el aire, como esos abejorros de oro que rozan con sus alas ligeras nuestra frente presagiándonos la felicidad.

Y se sucedieron las notas con un batir de alas que escapan hacia un rayo de luna; y brotaron las cadencias, acariciantes y fugitivas, como los dedos de los arcángeles entre los cabellos de los santos.

Y bajo el enjambre sonoro, mi cuerpo entero fué como una armonía intraducible, no escuchada jamás por oídos mortales. Á sus compases, se fueron abriendo ante mis ojos las puertas de oro de alcázares encantados, de ciudades sepultadas, de subterráneos tesoros, como si en torno mío girasen armoniosamente todas las maravillas del mundo.

La música se extinguía con la fugacidad de esos perfumes que aventan las brisas, al deshojar los huertos del Otoño.

Y me encontré de repente en un jardín como jamás soñaron los poetas.

El suelo estaba enarenado con polvo de diamantes, con aljofares de astros, y al roce de mis sandalias vibraba como la caja sonora de un instrumento bien templado.

Los árboles eran de oro, las hojas esmeraldas, y los frutos de rubíes, de jacintos, de amatistas y de otras gemas de colores y tamaños nunca vistos.

Flores maravillosas se abrían como llamas, como círculos de resplandores; y el plumaje de las aves relampagueaba con todos los matices del iris.

Las fuentes eran de ágata, de topacios y de ámbar,



los surtidores de perlas y las corrientes de plata viva. Y los árboles, las flores, los pájaros, las brisas y las fuentes, hablaban un idioma inexpresable más dulce que el són de las cítaras.

Sentí rumor de pasos precipitados, y mis ojos cegaron como ante una aparición divina.

Un arcángel, el Arcángel de la Venganza, el mismo que, cabalgando en la yegua Haizun, armado con su casco de fuego y su alfange de llamas, combatió al frente de una legión de querubes, al lado del Profeta, salió á mi encuentro y me estrechó en sus brazos.

Y sus manos, temblorosas de deseo, como las de un novio, me condujeron á un templo resplandeciente, que se alzaba á la sombra de un gran bosque de palmeras de oro.

Los muros eran de calada malaquita, con cenefas de granates y arabescos de turquesas y piedras de luna. La bóveda estaba formada de un solo záfiro incrustado de estrellas de diamantes, que giraba y se curvaba como un cielo. El lecho era del coral más sangriento y las colchas de púrpura flameante.

Sentí en toda mi carne la palpación de unos labios de fuego, y un beso lento y largo, como una eternidad, me fué absorbiendo vorazmente hasta dejar vacío mi cuerpo, sin sangre y sin alma. Y en las alas violentas de un amor imposible, volamos abrazados, como sobre el roc de los viejos cuentos del Yemen, en un vértigo inconcebible, envueltos en torbellinos de luz ó bajo pabellones de tinieblas, sobre desiertos y ciudades, rozando los flecos de oro de las estrellas, y sintiendo á veces salpicar nuestros flancos la salobre espuma de los mares hambrientos.

Nos transmitimos nuestras más íntimas ideas, todo eso que no puede decirse porque es tan grande ó tan sutil que no encuentro palabra que lo exprese, con una mirada voraz, con una sonrisa extática, con un beso absorbente.

Fundidos en uno solo, vagamos, vagamos infatigables y ágiles como los genios del aire, hasta que un viento huracanado nos arrojó como naufragos, á una playa encharcada de sangre, donde las cabezas trucas de los degollados se abrían en nuecas de espanto, como cardenos lirios flotantes en las aguas.

Abrí los ojos, temblando de espanto.

En los cristales de la alberca miré, con los cabellos erizados aún de pavor, mi rostro pálido como el de esas enfermas que adolecen del mal del Cielo y mueren sin que nadie conozca las causas de su enfermedad.

Jamás podré olvidar el sueño de esta noche. Llevo dentro de mis pupilas los negros y fieros ojos del Arcángel.

Al recuerdo de sus besos, hierve la sangre en las venas, y mis entrañas se abren como las tierras pródigas al recibir la fecundidad caudalosa de los ríos desbordados. ¡He sentido dilatarse en mí todas las felicidades del Cielo y de la Tierra!

La voz se hincha en un suspiro, y de nuevo desfallece Leila Hassana sobre los almohadones del diván.

Las esclavas silenciosas le rodean.

Los instrumentos músicos, duermen en sus cajas de marfil y ébano.

Las joyas rutilan en los estuches cincelados y algunas rosas se van deshojando lentamente dentro de las canastillas de mimbre.

Se oye el zumbido sordo y tenaz de una abeja en torno de los cálices abiertos. De pronto desgarran el silencio el metálico clamor de una trompa de guerra.

Pasa un rápido estruendo de armas y corceles bajo el calado mirador. Y los atambores, y los añafiles atruenan triunfalmente en la plaza de la Armería, en los patios del Alcázar, y á lo largo de todas las torres almenadas de La Alhambra.

—¿Qué pasa?— murmura, bruscamente, la sultana incorporándose en el lecho.

Las esclavas se asoman á los ajimeces.

Son los correos, que traen noticias de la guerra...

Van tendidos, como flechas, sobre sus corceles sudorosos, gritando: ¡Victoria! Y tras ellos galopan algunos caballeros armados.

La atlética figura del jefe de los cunucos aparece en el umbral, é inclinándose reverentemente, murmura con voz sonora:

El magnánimo y poderoso emir de los creyentes, Muhamad-ben-Alhamar, se digna visitar á la perla de su harem, á la esposa favorita de su corazón. Sus propios labios desean comunicarte la gran victoria que alcanzaron contra los infieles, nuestras huestes acaudilladas por el príncipe Ab-ferramán-el-Omeya.

Las esclavas se colocan presurosas en sus puestos.

Las guzlas y las arpas vuelven á gemir; una voz de ternura y de desfallecimiento entona una vieja canción de amor.

Y Leila Hassana ensaya la más graciosa de las sonrisas al ver aparecer en el umbral, rodeado de sus guardias y alcatifes, al gran emir, envuelto en su sayo negro, y con la toca verde entrelazada con gruesos hilos de perlas que ornó siempre la noble frente de los lujos de Hegiaz.

Y á través del humo azuloso de los pebeteros se vé todo como soñando en los cristales de un lago encantado.

### III

Ha terminado la oración del Alba. Granada, la Damasco de España, metrópoli de todas las ciudades de Occidente, emporio de traficantes, madre pródiga de artistas y de guerreros, se incorpora perezosamente al pie de las verdes colinas, como sensual odalisca que despierta sobre rica alcatifa bordada con todos los matices de la Primavera.

Los primeros rayos del Sol, al reflejarse en las perennes blancuras de la Montaña de la Nieve, arrojan vivos relámpagos de púrpura sobre las negras crestas de Sierra Elvira, haciendo resplandecer los torreones bermejos del doble cinturón de fortificaciones que ciñe á la ciudad.

Las almenadas torres de La Alhambra se recortan nitidamente en el aire sereno, como si surgiesen del fondo ondulante de un mar de esmeraldas.

Las últimas neblinas se esfuman en los manchones



verdes de los carmenes, y el oro flúido del Sol, centellea en la fugitiva pedrería del Dauro, y en los joyeles de las innumerables fuentes, recatadas á la sombra de los arbustos floridos.

Desde los esbeltos minaretes de las Cien Mezquitas, resplandecientes de azulejos, la voz jubilosa de los muezzines desciende sobre la ciudad, congregando á los fieles, en el nombre de Allah clemente y misericordioso, á recibir á las huestes que, al mando del príncipe Abderramán, regresan vencedoras de las armas cristianas.

Las azoteas se pueblan de gentes, cuyos ojos avizores escurdiñan las atalayas de la vega.

En todas las calles desemboca, como el agitado oleaje de un río desbordado, una abigarrada muchedumbre. Desciende por las estrechas callejuelas, desde el alcázar regio, desde la casa de la Moneda, desde los mil palacios nobles que, rodeados de jardines, coronan el Albaicín, inundando la mañana con la alegría frenética de sus gritos. Se precipita, desbordante de fausto, por todos los senderos umbrosos de La Alhambra. Se encrespa en una onda multicolor de turbantes y de alquiceles tendidos al viento, en torno de la puerta de Bib-Aujar, para desplomarse torrencialmente a lo largo de la cuesta de los Gómeles, en un relampaguear perpetuo de joyas y de armas bruñidas de sol.

El paso de la multitud hace retumblar los gigantes-cos puentes tendidos sobre el Dauro.

De toda la ciudad convergen nuevas oleadas de cabezas.

La alcazaba Cidid arroja sus laboriosos barrios de tejedores y mercaderes.

La estrecha Cadima deja escapar su negra colmena de infatigables hebreos, y hasta el Muror y la Antequeriuela concurren también con sus húmedos habitantes.

La muchedumbre forma un remanso curuscante y ensordecedor en la plaza de Bib-Rambla, y se desborda por las callejuelas de Zacatín y de la Alcaicería, buscando las puertas de la Vega. Y este mar humano enra de toda la ciudad, se arremolina en torno de las plazas,

asaita todas las vías en un frenesí de gritos y canciones.

Bajo la gloria del Sol, bajo el celeste resplandor de los cielos, flotan los amplios alquiceles de los esclavos africanos; relucen los bronceados bustos de los guerreros etíopes, sudan luz las pieles lustrosas de los potros cordobeses; relampaguean las adargas, las picas y los cascos bruñidos; vulguran los puños de los corvos alfanques; se irisan los topacios que recaman los altos bonetes, y arde la púrpura y flamea el oro de los ricos vestidos de los pajes. Y todo parece multiplicar la claridad del día, la luz, en una apoteosis mágica de colores y de tonos.

De los jardines floridos, de los carmenes rebozantes de cálices y de los patios olorosos á ambar, á mirra, á nardo, á todos los más acres y pesados perfumes de Oriente, se escapa un vapor cálido y perfumado de luz-juria estival.

Se mezclan y confunden en un mismo triunfo de júbilo todas las tribus que pueblan la ciudad.

Los finos almaizales que velan el rostro de las damas, brillantes y transparentes como encajes de cristal rozan las túnicas de lino y los blancos turbantes de los lijos del trabajo.

Tras las celosías, engalanadas de flores y de cintas relampaguean los ojos curiosos de las odaliscas.

Grupos de bayaderas, bajo el arco, lleno de alicatados, con esmaltes y cifras de azul y de oro, de alguna plaza, arquean sus torneados brazos, balanceando las potentes caderas, mientras los pies desnudos, ríman agilmente sobre el mosaico del pavimento, los voluptuosos giros de las danzas moriscas.

Ancianos de luengas barbas blancas y mugrientas bocanadas entretienen la impaciencia del público con cuentos de carbunclos ó rasguando destempladas guitarras.

Entre la superstición de los chuquillos, se engullen fargas mas de estopa ardiendo, ó cantan viejas historias guerreras, en las que el nombre de Almanzor campea con las más gloriosas alazanzas.

Domadores de serpientes, cantados como sacras a las Compañías de papa, los tiradores de las gaitas y conculca, las matas bravas en las lomas y en el monte al amanecer, y los aspules se burlan de él, al decirle que va a los somoneros comprados de los tributos y de las lanchas barbasas.

Cada vez que se oye la oración a la Virgen por el camino de la montaña, cuando se va a dormir,

oír una de pompa y de magnificencia, medio millón de cantamentos.

Tercera: Zucata, amorio de las gaitas y de la grandeza de Oranada, se oye, posado de esta nebre de mojarrales y de entusiasmos.

Desde la plaza de Bris-Rancho, cantada por los pastos con el canto de chochitas, de cantos de los toros, se puede sentir la canción del caballo y amorio.



Al amanecer, cuando se comienza a salir, se oye un canto de las Compañías de papa, los tiradores de las gaitas y conculca, las matas bravas en las lomas y en el monte al amanecer, y los aspules se burlan de él, al decirle que va a los somoneros comprados de los tributos y de las lanchas barbasas. Y cada vez que se oye la oración a la Virgen por el camino de la montaña, cuando se va a dormir,

oír una de pompa y de magnificencia, medio millón de cantamentos. Tercera: Zucata, amorio de las gaitas y de la grandeza de Oranada, se oye, posado de esta nebre de mojarrales y de entusiasmos.

Desde la plaza de Bris-Rancho, cantada por los pastos con el canto de chochitas, de cantos de los toros, se puede sentir la canción del caballo y amorio.

opados, collares de perlas y diamantes, ojos de amatistas y de zafiros.

Expertos cinceladores muestran sutiles arañas de alabastro, biceros y jarrones esmaltados prodigiosamente, y pelateros donde el satísimano burla diez grabadas flores de loto entrosándose en troncos de palmaras, ramas de cedro incliéndose sobre lagos serenos.

Los forjadores de armas enseñan corvos algaras, damasquinos, largas empuñadas, cotas de malla tan ligeras como impenetrables, jaceninas y brospiles.

Los relojeros exhiben relojes de arena y cipsidias, donde el tiempo se desgana gota a gota.

Los tejedores cuelgan riquísimos tapices, vistosas alfombras, curnes de brocado, hermosos panderones de oro, imitando en sus dibujos todos los prodigiosos mosaicos de las telas indias.

Al otro lado, en otros bazares, se ven largos tubos cilíndricos, por donde el astrólogo percibe los más finos movimientos de los astros; preciosas brújulas, más gratas al navegante que el talgor de una estrella en noche borrascosa; ligeras mas-flojas de papel de hilo, de seda y de algodón, y curiosos manuscritos de ciencias y de artes, y extraños instrumentos de física y alquimia, retortas y sopletes, astrolabios y tablas geométricas, y hierbas de la Sierra de la Nieve que curan todos los males.

Profusión de sedas y de alfombras, cirales, pules y misimas esteras de pita y de cántaro, todo producto de la vega granadina, trabajado en la ciudad de las mil torres, todo salido de la fábrica de tapices del Albarcan, de los telares de la Alcazaba, de los talleres de carpinteros del arco de Bib Elvira.

En el bazar de Mahomed ben Hassan, el más famoso mercader de la Alcazaba, un numeroso grupo de hombres comentan en diversos idiomas los sucesos del día, la entrada triunfal de Abderramán, el jubilo del emir y la futura prosperidad de Granada. Son joyeros, navegantes, cinceladores y ebauistas, judíos genoveses, castellanos, provenzales, turcos, persas y egipcios. Muy chedumbre rennida un día en la ciudad común, en la opulenta y comercial Granada, para hacer acopio de sus mercancías y dispersarse mañana, como la hoja de arbol al impetu del huracán, en caravanas, ya por las abasadas regiones del Africa, ya por las populosas ciudades asiáticas ó por los pueblos barbaros de Europa.

¿Qué nación podrá competir con la perla del Occidente? exclama Mahomed, acullando con su voz melélica y sonora la gárrula agitación de las voces: «¡marranas! Granada tiene mil torres que la vigilan, y en cada torre un hombre que la guarda. Es inexpugnable como un castillo custodiado por gerres bravos. Sin embargo, sus puertas están abiertas para todos y su hospitalidad no tiene límites. Dijo el santo Abraham.

Tus compatriotas viven, bajo sus muros, mas libres que en las comarcas de Palestina. Tí lo sabes también, Pero Nanió, mientras que en Córdoba, Sevilla y en Toledo, los fieles creyentes que no tuvieron el valor de abandonar sus hogares para venir a tierras del Islam, sufren los más atrevidos vejámenes por parte de los

reyes de Castilla, en Granada se os abren las puertas, se os remana el gaceteo sinamente vuestro trabajo y hasta se presta a vuestros cabelleros a quebrar canas y a romper lanzas con los más nobles hijos del Profeta, en las justas y torneos que se celebran en Bib Rambla.

Nuestra riqueza solo se puede competir a nuestra liberalidad. Tendrá Cluche-mu, sedas, Gielonda, diamantes, Ormuz, perlas. Podrá enavancarse el genoves con sus buques, el turco con sus pernamas, el castillano con sus catodales, el provenzal con sus artistas; pero en Granada se concentra todo. En ella se acapitan los productos de todas las ciudades. En Malaga y Almería, en Argemas y en Adra, anclan los navios de los pueblos más remotos cargados de los más variados productos de la tierra, y se dan de nuevo al mar, llenos hasta la escotilla, de las más envidiables mercancías.

La vega produce todos los frutos necesarios para la salud del cuerpo y la embriaguez de los sentidos. La Sierra de la Nieve, sculta tanto oro en sus entrañas, que se desborda para servir de arena a nuestros rios. Las canteras griegas nos produjeron mármoles y alabastros tan puros y tersos como los de Sierra Elvira y Macael.

También se hallan tierras más fértiles desde el riuo mar a mar.

Alfombras sirias, tapices persas, telas indias, incalces preciosos, abotan inagotablemente nuestras extensas fábricas y nuestras profundas minas. Tenemos alcaevras que en el gran Bagdad y Damasco, observadores que no carecen de sabiduría, sus altísimos mirantes, incomparables, guardan el secreto de Granada, como un fuego sagrado.



do, la sabiduría de los pueblos antiguos; bazares espléndidos donde podemos ofrecer al mundo todo cuanto pueda soñar la más lúcida imaginación.

Os hemos dado labrújula para que podáis surcar los mares. Hemos creado el papel para que la idea perdure y no sea sólo ráfaga de aire que pasa sin dejar huella. Tenemos poetas que cantan nuestras glorias, sabios que las aumentan, guerreros que las defienden, y árabes que nos traen a la Tierra todas las hermosuras del Paraíso.

La multitud continúa pasando, en un desfile ondulado de banderas y gallardetes, en una mara ensordecedora de gritos y canciones. Se empuja, se atropella para traspasar el arco de la Puerta Ebría. Asalta los arabales, invade las linetas, trapa por los arbolos, se arrastra en los vallados y en los setos de los caminos de la Vega.

Las brisas están cargadas de perfiles y de trescañas que ascienden de los huertos floridos, de los habanos en flor, de los posques de limoneros y naranjos, que invaden el suelo de azahar de los aceras, lampadas y puentes, que se deslizan entre bufríos y volutas de las multitu-

des borbotantes por sus caños de bronce en los recuerdos de los cantos.

De Ctrañada se escapan ráfagas acariciantes de aromas y de humididades que enervan la mañana ebria de sol y de azul.

La Vega también se desmaya de voluptuosidad, invadida por el tumulto de tantas voces, por el torbellino de tantos colores vivos.

Las azoteas de los molinos, albicantes entre las almendras del Genil, los muretes de las mil academias, cercadas de rondsos jardines, los muradores de los carmenes, todo se desborda de gente. Y por todas partes, a lo largo de los paseos de cipreses, en el centro de los siroskos esmaltados, en medio de los patios umbrosos, los penachos de los surtidores se elevan, rotos y brillantes al sol, por cima de las azoteas y los tejados, sobre las copas de los más altos árboles, para caer desechos en amplios abanicos de perlas finísimas, como lirio de rocío, o formando arcos de chispeante pedrería.

Por los caminos, bajo toldos de verdura, por las óvatas y el simbocon, entre nubes de polvo y un resaca de campanoleros y trallazos, los moradores de los mil lugares de la vega que vienen también a compartir el jubilo de los granadinos, juegan en encazadas melas de labranza, empacíficos asnos con guadrapas de colores chillones, entre un tropel de chiquillos que corretea vociferando.

Y la gente se señala desde lejos, llamándose por sus nombres, y las bendiciones de Dios descendiendo sobre aquí mar de cabezas multicolores y brillantes.

De pronto, un grito formidable estaba en la cima de un altozano cubierto de algarrobos, serpentea por todos los caminos, atruena en Puerta Ebría, se extiende en un vocerío delirante a lo largo de todas las calles, se eleva en gritos estentóneos de las plazas, y a través de los puentes tendidos sobre el Dauro, asciende por los mil laberintos frondosos hasta la cumbre de la Alhambra, y un brusco redoble de tambores anuncia al gran Emir, que rodeado de su corte, espera impaciente en el Salón de





Empujados, la legión de las tropas victoriosas.

Por el ancho camino real avanza rápidamente una inmensa nube de polvo, proyectando sobre los árboles y sobre los sembrados las rapidas y increíbles sombras de un viento.

Se va adelantando poco a poco, paucamente, y al oeste del Sol dardea, por un, en el acero de las armas y en el metal de los escudos.

Un trueno de corodés de obscur. Le impres, en un

xima. Son los Zuchos, los más ágiles jinetes de Granad. Vienen hasta cuatrocientos, agrupando en sus caballos con adrapados de verde, con grandes borlonces de plata que casi rozan el suelo, tendidos sobre las crines negras, abrazando sus largos escudos de oro, blanco y sus enormes lanzas de combate.

Galopan galopando vertiginosamente, y los gritos agitan y estremecen los espaldas, sacudiendo en los hombros y en las caderas.

La multitud les aplaude, les arroja flores, y cintas, y palomas; se aparta á su paso, atropelladamente, reculando contra las paredes, casi embutiéndose en los quicios de las puertas, trepando por los hierros de las ventanas. Y el tropel de jinetes, flotantes los blancos alquiceles, ondeando los largos penachos, se pierden al galope por las calles. Y bajo el rítmico martilleo de los cascos saltan rotas las piedras, despidiendo chispas de fuego.

Después, son los Gomeles, más lucidos, más numerosos, galopando también en los más bellos caballos de los campos de Córdoba. Y luego los Abencerrajes, bellos y fieros, como los ángeles del Señor en la hora de las grandes venganzas. Y los Zegries, y los Venegas, los Muzas, los Almohades y los Almorabides, toda la nobleza del Islám, desfilan gallardamente, tremolando al aire enseñas victoriosas bordadas de motes, entre un chocar metálico de armas, de arneses y de estribos; entre relámpagos de oro y pedrería; en un torbellino violento de colores brillantes, de crines desparramadas, de pieles lustrosas.

El blanco, el verde, el bermejo triunfan en esta carrera vertiginosa.

Atraviesan la ciudad. Bajo las rápidas herraduras, retiemblan los puentes del Dauro. Se precipitan bajo el arco de Bib-Aujar, y ascienden y se pierden por las cuevas de la Alhambra, como una avalancha de oro, de nieve y de sangre, estremeciendo las bóvedas de verdura, deshojando las flores, desgajando las ramas, auyentando los pájaros y levantando hasta el Sol girones de nubes polvorientas.

Los añafiles y los atambores dejan oír, por fin, sus notas guerreras. Y solo, seguido de cerca por compactas filas de pajes y escuderos, se destaca, en un recodo del camino, jinete en un pifante potro morcillo, la soberbia figura de Abderramán. Todos los brazos se elevan á los cielos; los jaiques y los alquiceles flotan en lo alto, y una explosión de vitores estalla, hasta enronquecer las voces.

Las gentes avanzan, le rodean, se aprietan en torno suyo, se postran de rodillas para besar la fina seda de su manto blanco. El príncipe tiene que hacer esfuerzos mauditos para refrenar la nerviosa impaciencia del caballo, que avanza, caracoleando, entre aquel mar rugiente de aclamaciones. La gualdrapa, de seda verde, barre con sus largos borlones de oro el polvo del camino. Está salpicada de sangre; y en los flecos de seda carmesí del rendaje, los topacios y los crisoberilos fulgulan como leonadas pupilas de pantera. Avanza sonriente, la diestra entre las riendas y la mano izquierda apoyada sobre el puño de pedrería de su largo alfanje damasquino, envuelto en la blancura de su alquicel, ciñendo el verde turbante, recamado de oro y perlas, de los descendientes del Profeta.

Las celosías se descorren á su paso, y, tras ellas, los ojos arden de deseo, y los labios femeninos florecen en los claveles de las más incitantes sonrisas.

Desde las azoteas, desde los miradores, de todas partes derraman lluvias de esencias y pétalos de flores; arrojan naranjas de color de grana y limones como el oro, pastillas de ámbar y largas cintas de seda de multi colores.

Tras él, precedidos de dos heraldos en cuyos petos fulgulan bordadas en oro las armas de Granada, veinticuatro pajes, vestidos de púrpura, conducen en grandes azafates de plata las llaves de las ciudades y de las villas arrancadas al poder de los cristianos. Cincuenta escuderos portan las espadas y los cascos de los alcaides rendidos. Detrás, custodiados por las lanzas de ateizados guerreros alpujarreños jinetes en salvas corceles de desgreñadas crines, van los cautivos con las cabezas curvadas sobre el pecho. Algunos chorrean sangre de las recientes heridas, y son tantos que, ligados por sus cadenas, podrían rodear en doble fila el espacioso recinto de la ciudad.

Tras ellos, centenares de mulas se derrengan bajo el peso de fuertes arcones henchidos de joyas, de vasos sagrados, de diademas de santos, de oro y plata, de todo el magnífico botín obtenido en la gloriosa jornada.

Y, por último, cerrando la marcha, los guerreros etíopes, la caballería berberisca, los peones armados de hondas y de picas, y los esclavos cargados de cascos y de escudos.

Abderramán penetra en la Alhambra. Asciende por el amplio camino de la Puerta de la Justicia. Desde los Adarbes lueven flores sobre su caballo.

Los guerreros, desparramados á lo largo de los senderos, le saludan chocando sus armas sobre los escudos. En la ancha plaza de los Aljibes, toda resplandeciente de lanzas, un alarido formidable anuncia su llegada.

La guardia negra del alcázar inclina la cabeza y toca con las alabardas al suelo.

Salta del corcel, que un paje nubio retiene por las bridas, y seguido de sus escuderos penetra en el palacio.

Las músicas dejan escapar sus más alegres sones.

Atraviesa el patio de la Alberca y sube al Salón de Embajadores.

Un gran silencio expectante domina en la sala, donde los pebeteros y la lluvia tenuísima de esencias que resbala de las altas bóvedas de cedro esmaltadas de plata, oro y azul, atemperan el ambiente y la violencia de los colores con que juega la luz en los encajes y en los alicatados.

Abderramán se aproxima al trono, é inclinándose hasta tocar el suelo con las manos, murmura:

— ¡Grande y poderoso comendador de los creyentes, la bendición del Señor sea contigo! Las llaves de veinticuatro villas y ciudades tomadas á los cristianos están ante tus pies, y con ellas los alcaides que las gobernaban.

Mas de mil mulas jadean bajo el peso del botín, y treinta millares de cautivos se postergan á sus plantas. El más humilde príncipe de tu sangre te entrega estas mercedes que Allah te ha concedido para bien de tu imperio.

El emir se levanta, y atrayéndole sobre su corazón, murmura:

— Pide cuanto desees. Mi magnificencia sabrá recompensarte. Pídemela más bella de mis hijas, la más rica de mis ciudades, todos los tesoros ocultos que desde Alhamar custodiamos...

— Señor, sólo pido tu venia para volver á guerrear. Mi lealtad no necesita más premio que el de tus brazos

Un murmullo de aprobación zumba en la sala hor-  
migante de guerreros.

Todas las manos acarician la empuñadura de los al-  
fanges.

Solo Leila Hassana permanece inmóvil, con los ojos  
fijos en las negras pupilas y en el fiero talante del prin-  
cipe que, rodeado de guerreros, semeja el bello Arcán-  
gel de las Venganzas, ese arcángel exterminador y vio-  
lento que enciende la cólera de los viejos profetas.

Y no pudiendo resistir la fascinación de aquella figu-  
ra que adarara en sueños, cae desmayada en brazos de  
las siervas.

El emir sonríe á Abderramán, mientras su mano im-  
periosa, de una belleza toda hecha de crueldad y de pa-  
lidez, acaricia suavemente la fatídica negrura de su barba.

#### IV

Aquella misma noche, un esclavo nubio cercenó de  
un golpe de yatagán la heroica cabeza del joven prin-  
cipe, y en un suntuoso azafate de plata repujada, fué á  
ofrecérsela, sangrando aún, á Leila Hassana, cual rico  
presente de su señor, el muy alto y magnánimo emir  
Muhamad II.



# El Cuento Semanal

REVISTA ILUSTRADA

Redacción y Administración: Fuencarral, núm. 90 - MADRID

## NÚMEROS PUBLICADOS

- 1.º Jacinto Octavio Picón: *Desencanto.*
- 2.º Jacinto Benavente: *La sonrisa de Gioconda.*
- 3.º Gregorio Martínez Sierra: *Aventura.*
- 4.º Eduardo Zamacois: *La cita.*
- 5.º Salvador Rueda: *La guitarra.*
- 6.º Antonio Zozaya: *La maldita culpa.*
- 7.º Emilia Pardo Bazán: *Cada uno.*
- 8.º Joaquín Dicenta: *Una letra de cámara.*
- 9.º Felipe Trigo: *Reveladoras.*
- 10.º José Francés: *El alma viajera.*
- 11.º Eduardo Marquina: *La caravana.*
- 12.º Juan Pérez Zúñiga: *La Soledad del campo.*
- 13.º Pedro de Répide: *Del Rastrero a Maravillas.*
- 14.º Manuel Bueno: *Guillermo el apasionado.*
- 15.º Manuel Linares Rivas: *La espuma del champagne.*
- 16.º Pedro Mata: *Ni amor ni arte.*
- 17.º Amado Nervo: *Un sueño.*
- 18.º Alejandro Sawa: *Historia de una reina.*
- 19.º F. Villaspesa: *El milagro de las rosas.*
- 20.º S. y J. Alvarez Quintero: *La madre celta.*
- 21.º Sinésio Delgado: *El fin de una leyenda.*
- 22.º E. Ramírez-Angel: *De corazón en corazón.*
- 23.º A. Larriberry: *La conquista del jandabo.*
- 24.º Mauricio López-Roberts: *Las Tres Reinas.*
- 25.º Colombine: *El tesoro del castillo.*
- 26.º F. Serrano de la Pedrosa: *Por malos.*
- 27.º Pablo Parcellada: *Pompas de jaban.*
- 28.º Ramón Pérez de Ayala: *Artemisa.*
- 29.º Manuel Ugarte: *La Leyenda del gauchó.*
- 30.º Mariano Vallego: *Deuda pagada.*
- 31.º Arturo Reyes: *La Moruchilla.*
- 32.º Angel Guerra: *Al vuelo.*
- 33.º Rafael Leyda: *Santificadas las fiestas.*
- 34.º Cristóbal de Castro: *Luna, Lunera...*
- 35.º Ricardo J. Catorre: *Almas errantes.*
- 36.º Francisco F. Villegas (Zeda): *Confesión.*
- 37.º Claudio Frollo: *Como murio Arriaga.*
- 38.º Antonio Palomeyo: *D. Claudio.*
- 39.º Pompeyo Gener: *Últimos momentos de Miguel Servet.*
- 40.º Carlos Luis de Cuenca: *Lo que son las cosas.*
- 41.º J. López Pinillos: *Frente al mar.*
- 42.º Blanca de los Ríos: *Las hijas de don Juan.*
- 43.º Julio Camba: *El desfilero.*
- 44.º Miguel Sawa: *La Muñeca.*
- 45.º Luis Bello: *El corazón de Jesús.*
- 46.º J. Ferrándiz: *El «Dues tres» de San Huberto.*
- 47.º A. R. Bonnat: *Un hombre serio.*
- 48.º Alberto Insúa: *Las señoras.*
- 49.º J. M. Salaverria: *El alterado.*
- 50.º Apelles Mestre: *La espada.*
- 51.º Blanco-Belmonte: *La ciencia del dolor.*
- 52.º Rafael Salillas: *Quiero ser santo.*
- 53.º **Número-Albumaque:** *Del camino,* por Joaquín Dicenta. Precio: 50 céntimos.
- 54.º Manuel Linares Rivas: *Un fiel amador...*
- 55.º Antonio Zozaya: *Como delinquen los viejos.*
- 56.º Eduardo Marquina: *«La Muestra».*
- 57.º Arturo Gómez-Lobo: *La senda esteril.*
- 58.º Sinésio Delgado: *Espiritus puro.*
- 59.º Pedro de Répide: *El solar de la holera.*
- 60.º Eduardo Zamacois: *El Collar.*
- 61.º J. Francés: *Mientras las horas duermen.*
- 62.º Gabriel Miró: *Nomada.*
- 63.º Ramón A. Urbano: *El barbero del usú.*
- 64.º Pascual Santacruz: *Nobleza obliu.*
- 65.º José M.ª Matheu: *Un bonito negocio.*
- 66.º Leonardo Sherif: *Los cuernos de la luna.*
- 67.º Francisco F. Villegas (Zeda): *La Jubrica.*
- 68.º Blanca de los Ríos: *Madrid goyoso.*
- 69.º Felipe Sassone: *Viendo la vida.*
- 70.º Benito Pérez Galdos: *Gerona.*
- 71.º Jacinto Octavio Picón: *Rivales.*
- 72.º G. Martínez Sierra: *Torre de marfil.*
- 73.º A. Hernández-Cata: *El pecado original.*
- 74.º Arturo Reyes: *El Niño de los Carreles.*
- 75.º F. García-Sánchez: *Historia romántica.*
- 76.º Felipe Trigo: *El gran simpático.*
- 77.º Ramón M. Tenreiro: *Embrujamiento.*
- 78.º Cristóbal de Castro: *Las insuciables.*
- 79.º Joaquín Dicenta: *La gañana.*
- 80.º Colombine: *Senderos de vida.*
- 81.º Salvador Rueda: *El poema de los ojos.*
- 82.º José Santos Ghocano: *La cruz y el sol.*
- 83.º Claudio Frollo: *Las cuatro mujeres.*
- 84.º Eduardo Marquina: *Corteza sinestra...*
- 85.º Mauricio López-Roberts: *En la cuarta plaza.*
- 86.º A. Zozaya: *La princesita de Pan y Miel.*
- 87.º Pedro de Répide: *Noche perdida.*
- 88.º Manuel Ugarte: *La sombra de la madre.*
- 89.º Pedro Mata: *Cuesta abajo.*
- 90.º F. Serrano de la Pedrosa: *El Emperador...*
- 91.º Joaquín Dicenta: *Gialerna.*
- 92.º J. Benavente: *Nuevo coloquio de los perros.*
- 93.º A. Martínez Olmedilla: *Por donde viene la dicha.*
- 94.º Condesa de Pardo Bazán: *Allende la verdad.*
- 95.º J. Ortiz de Pineda: *La dicha humilde.*
- 96.º Eduardo Zamacois: *El paralítico.*
- 97.º Felipe Trigo: *Las posadas del Amor.*
- 98.º J. M.ª Salaverria: *Mundo subterráneo.*
- 99.º A. González-Blanco: *Un amor de provincia.*
- 100.º J. López Pinillos: *Los enemigos.*
- 101.º Antonio Zozaya: *La bala fría.*
- 102.º Condesa de Pardo Bazán: *Belebeu.*
- 103.º Juan Pérez Zúñiga: *El cocodrilo azul.*
- 104.º Manuel Bueno: *El talon de Aquiles.*
- 105.º Enrique López Alarcón: *La Cruz del Carnero.*
- 106.º J. Teñer y López: *Mulez admirables.*
- 107.º R. Urbano: *La Santa Fe.*
- 108.º F. Flores García: *El Padrino.*
- 109.º G. Martínez Sierra: *Egloga.*
- 110.º Felipe Trigo: *Lo irremparable.*
- 111.º J. J. Lorente: *Fueros de la carne.*
- 112.º J. Benavente: *¿A ver lo que hace un hombre?*
- 113.º Cues Aparicio: *La Venganza.*
- 114.º F. Veriquez: *Exhausto.*
- 115.º López de Haro: *Vaigradad.*
- 116.º Cristóbal de Castro: *La bondad y la ira.*
- 117.º Eugenio Sellés: *Ensueños de muñecas.*
- 118.º Luis Calpena: *Un milagro del Arte.*
- 119.º Pedro Mata: *La Celada de Alonso Quijano.*
- 120.º R. del Valle-Inclán: *Una tertulia de antaño.*
- 121.º José M.ª Matheu: *Entre el oro y la sangre.*
- 122.º Alberto Insúa: *Como cambia el amor.*
- 123.º Pedro G. Magro: *Hidalguía morisca.*
- 124.º Ricardo León: *Amor de caridad.*
- 125.º F. Serrano de la Pedrosa: *La broma.*
- 126.º Emilio Carrère: *El dolor de llegar.*
- 127.º Eduardo Marquina: *Beso de oro.*
- 128.º Guillermo Hernández Mir: *Pedruzos de plata.*
- 129.º José Francés Rodríguez: *La hora feliz.*
- 130.º Eugenio Noel: *Alma de Santa.*
- 131.º Luis de Tapia: *Así en la Tierra...*
- 132.º Juan A. Cavestany: *La Niña de los rubres.*
- 133.º Luis Anton del Olmet: *Por qué soy un bohemio.*
- 134.º E. Menéndez y Pelayo: *El Mole.*
- 135.º Bernardo Herrero Ochoa: *La esfinge de hielo.*
- 136.º Luis Huidobro: *Catullo.*
- 137.º Federico Urcocha: *El sacrificio de Regalés.*
- 138.º J. Pous y Pages: *El hombre bueno.*
- 139.º Alfonso García del Busto: *Sueño de los siglos.*
- 140.º Benigno Varela: *La Ferrocista.*
- 141.º Andrés González Blanco: *El Costurero.*

## PROXIMOS A PUBLICARSE

Originales del académico de la Española: Sr. D. Francisco Rodríguez Marín; de Ramiro de Maeztu, Gómez Carrillo, López Ballesteros, Vicenti, Mariano M. de Val, Mesa, Carlos Miranda, Felipe Trigo, Linares Rivas, etc., etc.